



## México y Estados Unidos en la era Trump: Los retos del TLCAN

### RESUMEN

El objetivo de este artículo consiste en describir el panorama general que envuelve la actual relación entre México y Estados Unidos, precisando los antecedentes y la evolución reciente que ha caracterizado, de nueva cuenta, las tensiones en la singular relación que conservan dos entidades políticas diferenciadas, que a su vez coexisten como parte de una misma unidad geopolítica denominada América del Norte. Cada una con sus propias aspiraciones como nación y donde, hoy por hoy, aflora la pretensión del *establishment* estadounidense en cabeza del presidente Donald Trump de repositionar a Estados Unidos a partir de la consolidación de su poder nacional, expresado a través del *America First*, activando con ello el campo de poder económico, lo que implica de manera directa una revisión precisa del devenir del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

**Palabras claves:** México, Estados Unidos, America First, TLCAN.

**Abstrac:** The purpose of this article is to describe the general panorama that surrounds the current relationship between Mexico and the United States, specifying the background and recent evolution that has once again characterized the tensions in the unique relationship between two distinct political entities, which in turn coexist as part of the same geopolitical unit called North America. Each one with its own aspirations as a nation and where, nowadays, the pretension of the American establishment in the head of President Donald Trump to reposition to the United States from the consolidation of its national power, expressed through America First, activating with this the field of economic power, which directly implies a precise revision of the North American Free Trade Agreement (NAFTA).

**Key words:** Mexico, United States, America First, NAFTA.



## INTRODUCCIÓN

Han transcurrido poco más de seis meses tras la llegada al poder en la Casa Blanca del mandatario Donald Trump, y previo a ello, durante el tiempo que duró su campaña política y posteriormente, en pleno ejercicio de sus funciones; los temas vinculados con la activación del campo de poder económico se han convertido en la justificación de varias de las decisiones asumidas por el nuevo gobierno.

Una de esas primeras medidas fue precisamente la desincorporación de Estados Unidos al Tratado de Cooperación Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés), seguido de su autoexclusión del Acuerdo de París sobre Cambio Climático. Posteriormente, el presidente Trump solicitó a los miembros de la OTAN, una cuota de aportación del 2% del PIB a cada país que integra este mecanismo de defensa. Entre tanto, en el ámbito de los asuntos domésticos, la nueva administración de gobierno de Estados Unidos se ha dado a la tarea de cuestionar la vigencia o mantener bajo otro tipo de reglas el contenido mismo del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), al cual pertenecen México y Canadá.

Desde la perspectiva actual del mandatario Donald Trump, la apertura hacia «un nuevo capítulo de la grandeza de Estados Unidos», tiene que ver, entre otras cosas, con los alcances que en materia geográfica y geopolítica adquiere la relación bilateral con respecto a México a inicios del presente siglo. Así, para comprender mejor esta situación, resulta indispensable hacer un breve balance de estas relaciones que, desde antes, particularmente en pleno siglo XIX, al calor de los procesos de consolidación de las fronteras, daría lugar a esas primeras expresiones de tensión que se trasladarían de la incursión militar al terreno diplomático a partir de la firma del Tratado Guadalupe Hidalgo en el año de 1848.

Un hecho que a la postre le permitiría al «coloso del norte» expandirse tras obtener la soberanía de los actuales estados de California, Nevada, Utah, Nuevo México y Texas, además de alcanzar el predominio sobre Arizona, Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma; dando origen a una nueva cartografía para referenciar la ampliación de los límites físicos que la dirigencia política de Estados Unidos se había propuesto obtener siguiendo el curso del río Bravo y que, analizado esto a la luz de los hechos actuales, nos remite al escenario geográfico donde convergen una multiplicidad de actores y de factores, comenzando por el flujo masivo de inmigrantes, la presencia del fenómeno delincencial asociado al narcotráfico, además de la posible penetración de agrupaciones terroristas, convertidos todos en temas fundamentales de la agenda bilateral y fronteriza entre México y Estados Unidos.

Obviamente que, en el pasado, esa nueva delimitación física de ambos territorios supuso para México la pérdida de 1.3 millones de km<sup>2</sup> –equivalente a casi la mitad de su territorio– y cerca del 1% de su población. De los 100,000 mexicanos afectados por la partición, aproximadamente 75,000 decidieron



quedarse en lo que para ese momento pasaría a convertirse en parte de la jurisdicción de Estados Unidos, y a su vez derivó en la creación de una frontera que se prolongaría a través de los 3,200 kilómetros de longitud, tal como se mantiene hasta nuestros días (Pastor Gómez, 2016, p. 3).

Así, al día de hoy, el resguardo de este perímetro de seguridad le implica a Estados Unidos destinar importantes recursos físicos y materiales, con miras a garantizar la vigilancia y el control de aquellos puntos de acceso, lo que con el correr de los años le ha obligado a varias de las administraciones de gobierno en este país a «blindar» su frontera con mayor equipamiento tecnológico y reforzar este tipo de límite a través de la construcción de una valla física, lo que nos remite a la idea de un muro diseñado por tramos, que comprende hasta ahora 1,050 kilómetros de construcción y dispone de un total de 56 puntos de cruces legales. A pesar de este monitoreo permanente, siguen existiendo áreas que resultan del interés de quienes se empeñan, bajo su propio riesgo, a atravesar esta línea de frontera «caliente» en busca del anhelado *sueño americano*, expresión que fuera formulada por el autor del libro *The Epic of America* en 1931 (Palm & Stickers, 2017, p. 57).

Ahora bien, dentro de esta misma problemática, el conjunto de los territorios que en el pasado habían pertenecido a México, progresivamente han sido ocupados por población, esencialmente de origen mexicano, lo que a la fecha y en términos numéricos se aproxima a la cifra de 34.6 millones de personas de un total de 55.4 millones de hispanos que residen actualmente en Estados Unidos, son quienes conforman el 17% de la población total de dicho país (Presidencia de la República, 2016).

En ese mismo contexto, la postura del presidente Trump ha sido la de señalar enfáticamente que, algunos de los inconvenientes de orden interno que afectan a su nación, principalmente en materia delictiva, radica en aquellos 11.3 millones de inmigrantes indocumentados, entre quienes 5.6 millones son de origen mexicano y de los cuales, haciendo comparación con respecto a los dos mandatos anteriores del presidente Barack Obama –quien adelantó una deportación de 2.5 millones de personas acusadas de permanecer ilegalmente en suelo estadounidense– al día de hoy, la actual administración de gobierno se ha propuesto superar dicha cifra, expulsando a todos aquellos inmigrantes que, además de indocumentados, tengan antecedentes judiciales o pertenezcan a agrupaciones delictivas o dedicadas al tráfico de drogas (BBC Mundo, 2016).

Otro de los aspectos a destacar en medio de la condición asimétrica que caracteriza las relaciones entre México y Estados Unidos, se puede comprender a la luz del intercambio comercial. En este sentido, y tras la puesta en marcha del TLCAN en el año de 1994, Estados Unidos se ha convertido en el primer socio comercial de México, captando el 80.2% de sus exportaciones. Un aspecto singular hoy en día no sólo para el gobierno mexicano, sino también para el conjunto de los empresarios nacionales e



inversionistas foráneos que, desde México, se han visto beneficiados del envío constante y expedito de mercancías con destino al vecino país del norte.

De este modo, México se erige como uno de los socios comerciales más importantes para el mercado estadounidense, ocupando el segundo lugar en las exportaciones de Estados Unidos, después de Canadá y el tercero en importaciones, luego de la presencia china y canadiense, lo que a últimas fechas ha generado un comercio bilateral de más de \$ 532 mil millones de dólares anuales (Presidencia de la República, 2016). Al tiempo que convierte a Estados Unidos en el primer inversionista extranjero en México que alcanza un total de 57.7%, según datos recientes de la Revista Forbes.

En lo que respecta a temas de defensa y seguridad, un aspecto crucial que modificó el esquema de las relaciones bilaterales en esta materia, se dio precisamente durante la presidencia del mandatario mexicano Vicente Fox (2000-2006), cuya intención de suscribir un tratado migratorio con su contraparte en Estados Unidos tuvo escaso margen de apoyo. Sin embargo, lo que se convirtió en un aspecto prioritario para Washington fue el impulso que desde entonces se dio a la política antidrogas a nivel continental, comenzando con la implementación del llamado Plan Colombia (1998), estrategia que se extendió hasta México, lo que le implicó a los estamentos castrenses mexicanos –además de otras instituciones del Estado– a efectuar una serie de ajustes para el acoplamiento con los lineamientos de la política de seguridad nacional estadounidense a través de lo pactado en la llamada Iniciativa Mérida (2008), conocida también como Plan Mérida o Plan México, cuyo alcance en cuestión de lucha antinarcóticos y otros aspectos afín, se extendió al resto del área de Centroamérica (Pastor García, 2016, p. 5).

Enfatizando en esta serie de antecedentes que enmarcan hasta nuestros días el carácter disímil de la relación México–Estados Unidos, aunado a las expectativas que aún sigue generando la presencia mediática del actual mandatario estadounidense –ya sea a través de las redes sociales y más concretamente, asumiendo decisiones como las que progresivamente ha ido asumiendo la administración Trump–, resulta importante precisar otros aspectos para brindar un panorama más amplio de la coyuntura que acontece entre ambas naciones de cara al futuro inmediato del TLCAN.

### **Los fundamentos del nacionalismo estadounidense en la era Trump: repercusiones para México**

Los movimientos ideados por el *establishment* estadounidense que encabeza la presidencia de Trump, con miras a devolver «la grandeza de Estados Unidos» en medio del actual entorno global, conlleva una serie de expectativas para México en lo que concierne al devenir de la ampliación del muro de contención fronteriza, la finalización o continuidad del TLCAN, seguido de las especulaciones que aún se ciernen sobre la viabilidad y el financiamiento de los proyectos de cooperación vigentes en materia



de defensa y seguridad, la mayoría contraídos entre ambos países durante administraciones de gobierno anteriores.

Así, una manera de comprender a detalle los lineamientos que enfatiza la actual administración de gobierno de Estados Unidos y su visión con respecto a la implementación de criterios nacionalistas en su toma de decisiones –se retoman de lo expresado por el presidente Trump en su libro: *Crippled America. How to make America Great Again*, en cuyo contenido hace alusión a una serie de apreciaciones de tipo personal con alcance político, advirtiendo sobre una apremiante necesidad de cambio para su nación– tras observar una cierta «inmovilidad» y un rezago que constriñe e impide un posicionamiento real y efectivo de Estados Unidos en el contexto que ofrece el presente siglo.

En ese sentido, el presidente Trump se ha propuesto, siguiendo con lo expresado en su libro, diseñar toda una apología que conlleve de nueva cuenta a «hacer grande a Estados Unidos». Esto significa, «restaurar ese sentido de dignidad para la Casa Blanca» (Trump, 2015, p. 247). A partir de tales conjeturas, la actual administración de gobierno se ha propuesto retomar algunos de esos fundamentos doctrinarios que en su momento dieron a conocer los padres fundadores (*founding fathers*), lo que a su vez implica, considerar las bases de lo que en palabras de Max Weber denominó la «ética protestante y el espíritu del capitalismo», siendo éste el gran motor ideológico de una dirigencia política que se configura en términos académicos en lo que se denomina una «corporatocracia», encargada de promulgar los principios fundamentales de la democracia, la libertad comercial y los criterios de la seguridad que, en síntesis y siguiendo al ex secretario de Estado, Henry Kissinger, favorece la continuidad del «imperio de la libertad» (Kissinger, 2016, p. 241).

Derivado de lo anterior, la estrategia que a últimas fechas plantea el *establishment* estadounidense, consiste en volver hacia los fundamentos de esa identidad primigenia y puritana, exaltando el condicionante racial a partir del retorno de los blancos al poder a partir de la designación, en este caso, del actual mandatario republicano en –los últimos comicios electorales del 2016–, mismos que llevaron a contener las aspiraciones presidenciales de la ex secretaria de Estado, Hillary Clinton, seguido de otras nominaciones por parte de candidatos con raíces latinas (cubanas, mexicanas, entre otras), y la de aquellos postulantes de raza negra, esperanzados en continuar el legado del ex mandatario Barack Obama.

### **El fenómeno de las dos Américas y su efecto en el devenir del TLCAN**

Retomando la comprensión del problema medular que subyace entre México y Estados Unidos en términos del dilema de su identidad nacional, y sus efectos posteriores en lo que será prontamente el cabildeo para dar luz roja o verde al TLCAN, éste nos sitúa de cara a un tipo de conflicto añejo,



solventado en dos posturas contradictorias que, según el geopolítico judío holandés estadounidense, Nicholas Spykman, se logra comprender a partir de las diferencias expresadas en su artículo titulado «Las dos Américas», dentro del cual explicó los planteamientos propios de la América anglosajona que incluye a Estados Unidos y a Canadá, advirtiendo lo siguiente:

«Como podía esperarse, la ideología de Norteamérica es esencialmente la que corresponde a los problemas de la clase media. Aunque la población propende cada día más a diluirse en grupos étnicos continentales, la perspectiva predominante continúa conservando el sentido anglosajón, cuyas raíces se remontan al *puritanismo*, a la Reforma Protestante inglesa, al racionalismo francés del siglo XVIII, y al utilitarismo inglés. Del protestantismo inglés procede el poderoso impulso hacia un concepto democrático de la vida, el fuerte sentido de la responsabilidad social, el espíritu misionero y el ansia de transformar la sociedad y de extirpar el sufrimiento humano. El dominio de sí mismo, la disciplina moral, la fe en que hay una recompensa que sigue en forma de *prosperidad* a la bondad. (...) el valor a la laboriosidad, de la perseverancia y de la sinceridad fue puesto a prueba en la piedra de toque de la experiencia» (Spykman, 1975, pp.162-163).

Entre tanto, el carácter innato de la América Latina en la que se inserta México, resulta ser opuesta a los criterios expresados para la América anglosajona, según lo planteó Spykman a partir de los siguientes argumentos:

«El mundo latinoamericano presenta una tradición cultural enteramente diferente de la América anglosajona. Se ha moldeado con arreglo a un ideal de sociedad aristocrática, no democrática; se nutrió de la burguesía territorial y no de la clase media mercantil, y su religión es católica y no protestante. (...) Una sociedad feudal española que imperó durante el siglo XIX creía en un conjunto de valores muy diferentes de los de los puritanos de Nueva Inglaterra. No era la creación de riqueza, sino la propiedad de ella y el ilustrado empleo del ocio, lo que merecía la aprobación de la sociedad. El imperativo de la hidalguía no aconsejaba la parsimonia y la buena administración, sino el elegante dispendio; no la laboriosidad, sino el solaz; no la honradez en los negocios, sino el honor de clases» (Spykman, 1975, p. 187).

Así, y retomando el criterio de la vecindad geográfica y hasta geopolítica que entrelaza indiscutiblemente a México y Estados Unidos, queda claro que la propuesta del mandatario Donald Trump, a partir del cual se intenta fortalecer lo que dentro del lenguaje militar se conoce como su *Poder Nacional*<sup>1</sup>, expresado en sus diferentes campos de poder (el político, el militar, el social y el económico), enfila su objetivo principal que consiste en volver a hacer grande a Estados Unidos (*Make America Great Again*).

En ese sentido, la desesperada actuación del mandatario estadounidense por abordar aspectos tanto de orden interno, entre los cuales se destaca la propuesta de ampliación del muro fronterizo con México y el tema de la eliminación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN); se conjunta

<sup>1</sup> Según el Colegio de la Defensa Nacional de Guerra de los Estados Unidos: “el poder nacional es la expresión integrada de los medios de todo orden de que dispone efectivamente la nación para promover, en el ámbito interno y la esfera internacional, la conquista y mantenimiento de sus objetivos nacionales, pese a los antagonismos existentes” (Fuerza Aérea Ecuatoriana, 2010, p. 6)



con otra serie de coyunturas de orden internacional, trascendiendo a otros continentes, destacando recientemente los ataques con misiles desde embarcaciones con bandera estadounidense al territorio de Siria, seguido de las maniobras actuales de la armada estadounidense frente a la amenaza nuclear de Corea del Norte, lo que incide en la vigilancia integral de la cuenca Asia–Pacífico.

En medio de este imperativo, el presidente Trump se empeña en ubicar a Estados Unidos a la vanguardia como nación, lo que recuerda en mucho la actuación del presidente Theodore Roosevelt (1901-1909), quién durante su gestión a inicios del siglo XX, «veía a Estados Unidos como la nación potencialmente más grande: llamada a desempeñar un papel esencial en el mundo debido a su fortuita herencia política, geográfica y cultural. Su concepto de política exterior, un hecho sin precedentes en el país, estaba sobre todo basado en consideraciones geopolítica. (...) para Roosevelt, si una nación no podía o no quería actuar en defensa de sus propios intereses, tampoco podía esperar que otras la respetaran» (Kissinger, 2016, pp. 251-253). Lo anterior cobra mayor alcance, al comprender las convicciones y el espíritu de grandeza expresado por Roosevelt, cuando advirtió en sus propias palabras lo siguiente:

«A nosotros como pueblo nos ha sido otorgado poner los cimientos de nuestra vida nacional en un nuevo continente. (...) se nos ha dado mucho, y con todo derecho se espera muchos de nosotros. Tenemos deberes hacia otros y deberes hacia nosotros mismos; y no podemos eludir ninguno de los dos. Nos hemos convertido en una gran nación, forzada por el hecho de su grandeza a establecer relaciones con las otras naciones de la Tierra, y debemos comportarnos como corresponde a un pueblo con tamañas responsabilidades» (Kissinger, 2016, p. 252).

Años más tarde, el presidente Ronald Reagan (1981-1989) expresará también su ideal de grandeza y de superioridad de Estados Unidos frente a cualquier adversario, hecho que refuerza la convicción del actual mandatario Trump, y se expresa en lo dicho por Reagan a continuación:

«Durante toda mi vida política he hablado de la ciudad resplandeciente, pero no sé si alguna vez he logrado comunicar del todo lo que veía cuando lo decía. Pero en mi mente era una ciudad alta y orgullosa construida sobre rocas más fuertes que el océano, batida por el viento, bendecida por Dios, bullente de todo tipo de personas que viven en paz y armonía: una ciudad con puertos libres que zumbaba de comercio y creatividad, y si tenía que haber murallas en esa ciudad, las murallas tenían puertas, y las puertas estaban abiertas para todo el que tuviera voluntad y el corazón de entrar. Así la veía, y así la veo» (Kissinger, 2016, p. 312).

De este modo, el presidente Reagan concibió entonces a Estados Unidos como «una ciudad resplandeciente en la cima de una colina» (Kissinger, 2016: p. 312), una alusión de carácter bíblico, pero también acorde al prototipo de república imperial de finales del siglo XX. En resumen, el «resplandor» de Estados Unidos al cabo de la Guerra Fría, no sería más que el efecto de lo anhelado por su dirigencia política, en coincidencia con lo expresado por su élite académica, destacándose los



planteamientos que en su momento hiciera Francis Fukuyama, en su reconocido ensayo *El fin de la Historia*, cuando avizó que a futuro:

«Lo que podríamos estar presenciando no es simplemente el fin de la Guerra Fría o la desaparición de un determinado período de la historia de la postguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano. (Por ende), el Estado que surge al final de la historia es liberal en la medida en que reconoce y protege, a través de un sistema de leyes, el derecho universal del hombre a la libertad; y es democrático en tanto que sólo existe con el consentimiento de los gobernados» (Fukuyama, 2015, p. 57).

En consonancia con este legado de grandeza, resplandor y uniformidad ideológica, que se evidenció a través del pensamiento de Roosevelt, Reagan y Fukuyama, bien se puede sustentar el contenido de lo que en la actualidad avizora el presidente Trump, pretendiendo relanzar esa condición de grandeza y supremacía global de Estados Unidos bajo los lineamientos que expresa en su categórico discurso *America First*.

### **Los efectos del *America First* en la idea de supremacía global estadounidense**

Con miras a consolidar la supremacía global estadounidense, la táctica inicial del actual jefe del ejecutivo y su *staff* en la Casa Blanca, ha sido la de identificar aquellas limitaciones y los alcances de su poder nacional, lo que se vincula de manera directa con las variadas estrategias para recuperar la autosuficiencia de la nación estadounidense, tal como lo percibe el presidente Trump al momento en que expresa: «soy un apasionado y un convencido de hacer de nuevo grande a nuestro país. (...) somos ricos en recursos naturales y afortunados en talento humano» (Trump, 2015, p. 24). Siendo este un argumento que acompaña también lo dicho en su discurso del *America First*, cargado de una alta dosis de nacionalismo que se manifiesta en varias de las líneas a continuación:

«Juntos vamos a determinar el curso de Estados Unidos y del mundo en los años por venir. (...) Por muchas décadas, hemos enriquecido a la industria extranjera a expensas de la nuestra. (Esto ha hecho que), el bienestar de nuestra clase media haya sido arrebatado de nuestros hogares y se haya redistribuido al resto del mundo. (...) Subsidiarnos los ejércitos de otros países, mientras permitimos el triste agotamiento de nuestros militares. (...) (Así), durante demasiado tiempo hemos defendido las fronteras de otros países, mientras ellos se rehúsan a defender nuestras fronteras. (...) (Por ello), debemos de proteger nuestras fronteras de otros países que producen y destruyen nuestros empleos. Protegermos nos va a permitir prosperar en grande y de forma poderosa. (...) construiremos carreteras, aeropuertos, túneles y trenes para toda nuestra. (...) seguiremos dos reglas simples: comprar lo americano y contratar lo americano. (Finalmente) juntos haremos fuerte a Estados Unidos. Desde ahora sólo será *America First*».

Sin haberse mencionado en el discurso del *America First* el nombre de México, ciertamente éste aparece de forma tácita, particularmente cuando se refiere al control de los puestos de trabajo en manos de la población que procede de fuera, lo que atribuye al paso descontrolado de inmigrantes a





través de la extensa frontera de 3,200 kilómetros que comparten ambos países. Con estos argumentos, que más parecen la descripción clara y puntual del origen de la amenaza que se cierne sobre Estados Unidos, el presidente Trump se propone rediseñar y ampliar la cobertura del muro fronterizo, estableciendo una barrera artificial convertida a su vez en un «cerco de contención», capaz de amortiguar a la población migrante proveniente no sólo del país vecino, sino del resto del continente y de otras latitudes del planeta, ansiosas de alcanzar el pretendido *sueño americano*.

Al respecto, Trump afirmó que, «la primera cosa que necesitamos hacer es asegurar nuestra frontera sur y nosotros necesitamos hacerlo ahora mismo. Tenemos que detener esa avalancha, y la mejor manera de hacerlo es construyendo un muro. (...) La gente mala no sólo viene de México. Ellos vienen de Centro y Sudamérica, y probablemente de Medio Oriente» (Trump, 2015, pp. 48-55).

De ahí que una de las primeras órdenes ejecutivas que firmó el presidente en pleno ejercicio de sus funciones de gobierno, consistió en gestionar la construcción del muro calculado en 20 mil millones de dólares, lo que en su opinión debería ser costado por México, considerada la nación–problema. Así, lo que en un principio se convirtió en un tema del discurso –sin mucho sentido– durante la campaña del candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, paulatinamente fue tomando mayor impulso y atrajo un mayor número de seguidores, coincidentes con esta iniciativa de frenar a toda costa, incluso con un muro –físico o ideológico– que comience en México u otros países del continente, logrando con ello contener el masivo de inmigrantes interesados en ocupar los puestos de trabajo principalmente de las clases media y baja al interior del territorio estadounidense.

Guiados por la controversia que desde un principio generó la propuesta de ampliación del muro, los niveles de tensión suscitados por parte de la opinión pública mexicana alcanzaron la molestia y un halo de incertidumbre entre diferentes sectores del ámbito político, académico, empresarial, militar y de otros, cuya percepción se tornaba alarmista, avizorando una inminente salida de capitales, presiones sobre la divisa mexicana y una pérdida, sin precedentes, de puestos de trabajo a todo lo largo y ancho del territorio mexicano.

Lo anterior daría lugar a una atmosfera altamente negativa en México que, a pesar de ello, comenzó a tornarse favorable a quienes le apostaron por promover la unidad nacional y cerrar filas alrededor de la figura presidencial, siendo esta una estrategia para resistir cualquier embate previsto desde Washington (Alcántara, 2017).

Bajo ese mismo contexto, el gobierno de Enrique Peña Nieto formuló cinco principios para asumir una postura de contención frente a los embates promovidos por la administración de Donald Trump, teniendo como imperativo:



- 1) fortalecer los criterios de la soberanía nacional para fomentar un diálogo entre países soberanos;
- 2) respeto al Estado de derecho, es decir, respeto a las leyes de México y de Estados Unidos;
- 3) establecer una visión constructiva y propositiva para la búsqueda de soluciones creativas con el propósito de ganar-ganar;
- 4) fomentar la integración de Norteamérica con mayor dinamismo y competitividad conjunta;
- 5) promover la negociación integral con el objetivo llevar a la mesa de negociación todos los temas (Presidencia de la República, 2017).

En consonancia con estos principios, la estrategia del gobierno mexicano consistió y sigue siendo la de mantener abiertos los canales del diálogo formal con las instituciones homologas en Estados Unidos, independientemente de las opiniones coyunturales que a través de redes sociales y por medio de discursos plantea el presidente Trump. De ahí que con el correr de los meses, el ánimo de confrontación que reinaba entre los jefes de Estado de ambos países, se trasladó a una conversación más fructífera y de trabajo constante entre los pares que laboran dentro de la administración pública y atienden los asuntos internos y del exterior, comenzando por la cancillería y la secretaria de Estado, las áreas dedicadas al comercio y los temas vinculados con las finanzas, seguido de aquellas que atienden las cuestiones de la seguridad y la defensa nacional, aunado al trabajo de aproximación que brindan las respectivas embajadas.

### ¿Fin o renegociación del TLCAN?

En medio de este barullo de exaltaciones de carácter nacionalista antes descritas, la nueva administración de gobierno de Estados Unidos se propone enlazar dos temas prioritarios: por un lado, la ampliación del muro fronterizo y a la par, definir la vigencia y continuidad del TLCAN.

Es claro que en la visión del presidente Trump, el TLCAN se trata de un *bad deal* para su país. Y lo reafirma aún más cuando advierte, «México ha hecho polvo» a Estados Unidos en materia comercial, según lo muestran los últimos datos estadísticos en los que la balanza comercial se inclina a favor de México con una ventaja de 60 mil millones de dólares entre enero y noviembre del 2016. Entre tanto, y con respecto a China, considerado el otro «blanco» de las acusaciones de la reciente administración de gobierno de Estados Unidos, el déficit comercial se ubicó en 319,282 millones de dólares, una cifra cinco veces mayor al dato referido para México (Revista Expansión, 26 de enero 2017).

Cabe señalar que resultados comerciales como los anteriores, conllevan a un análisis más puntual y preciso de los hechos, al advertir que «no significa que México inunde a Estados Unidos de productos, sino que las empresas de ambos países trabajan en conjunto al producir diversos productos que hacen a la región de América del Norte competitiva. (De este modo), y tras la entrada en vigor del TLCAN



(desde 1994), la industria manufacturera de México recibió mayores inversiones y empleó mayor mano de obra, mientras que Estados Unidos tuvo un mayor impulso a todo lo que da el sector servicios» (Expansión, 26 de enero de 2017).

Es por ello que el marco que ofrece el TLCAN ha permitido el diseño de una cadena de valor integrada, establecida de manera conjunta entre México y Estados Unidos, lo que ofrece diversas ventajas en términos de precio, favoreciendo en gran medida al consumidor estadounidense en el marco de este esquema de producción. Entre tanto, el caso de China resulta muy distinto ya que la producción de cada uno de los productos que exporta hacia el mercado estadounidense se elabora en sus propias plantas y con mano de obra local, empleando escasamente un 4% de insumos provenientes de Estados Unidos, lo que se diferencia ampliamente del modelo establecido con respecto a México.

Frente a este panorama, la decisión del ejecutivo estadounidense a pocos días de inicio del mandato de Trump, incidió de tal manera que varios de sus corporativos en México, comenzando por la empresa Ford, tuvieron que desistir de avanzar con sus planes, como era la colocación de una planta de ensamblaje calculada en 1,600 millones de dólares en el estado de San Luís Potosí. A cambio de retirar sus inversiones en México, la empresa automotriz obtuvo la promesa de obtener una rebaja sustancial en el cobro de sus impuestos para operar en Estados Unidos.

A todo esto, el empresario mexicano Carlos Slim, considerado el cuarto hombre más rico del mundo, expresó también su punto de vista entorno a lo que varios analistas calificaban como una crisis sin precedentes en la relación México–Estados Unidos. Al respecto, Slim argumentó que, tras su encuentro en diciembre con Trump, observó que «no es un *terminator*, es un *negotiator*. No hay que ser catastrofistas. Esperemos que como vayan pasando los días, vaya amainando su hiperactividad» (Hernández Enrique, 28 de enero de 2017).

Entre tanto, Slim sugirió que esta crisis puede ser más bien una oportunidad de negocios para México, por lo que subraya la necesidad de volcarse hacia el desarrollo de la economía interna. Para lo cual sugirió que, «hay que poner énfasis en la inversión nacional y en los programas de infraestructura, vivienda, reconversión urbana y comunicaciones». Y con respecto al muro, explicó que «la mejor barda es invertir en México, fortalecer la seguridad jurídica, la Ley de Transparencia, el sistema nacional anticorrupción, bajar el gasto corriente, eficientizar el gasto público y ofrecer empleos a los mexicanos» (Hernández Enrique, 28 de enero de 2017).

Mientras avanzaban los días tras la toma de posesión de Trump en el poder, y siguiendo a Slim, «amaine la hiperactividad» del presidente estadounidense en lo que respecta a las decisiones combativas frente a México, dicho vaticinio parecería que bajaba el tono de las acusaciones en medio



del nuevo orden de prioridades que asumiría la Casa Blanca tras los hechos de Siria y Medio Oriente, el involucramiento de Rusia en los asuntos domésticos de Estados Unidos, el cerco a Qatar por parte de las naciones árabes, seguido de los efectos que generó en la opinión pública internacional la salida de Estados Unidos de la COP Paris, sin descuidar la relevancia de los temas con Corea del Norte y por ende con China en la región de Asia Pacífico, las disputas que se ciernen sobre Venezuela en torno al tema de sus enormes reservas de petróleo; esto sólo por citar algunos de los temas que encabezan la agenda de prioridades de Washington en el contexto mundial actual.

Así, en medio de esta serie de coyunturas, el gobierno mexicano se ha mantenido firme y convencido de continuar su labor de cabildeo con las oficinas paralelas que el gobierno estadounidense ha designado para analizar los contenidos que darán certidumbre a las reuniones que comienzan a partir del mes de agosto, con miras a plantear el futuro del TLCAN.

Obviamente que el costo de una negociación favorable a los intereses trazados por México y por ende, a las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos y de Canadá, implica asumir desde ahora un cúmulo de responsabilidades y sumarse a un listado de encomiendas a los cuales el Estado mexicano ha tenido que ceder espacio, por el simple hecho de pertenecer al esquema geopolítico de la América del Norte, cuyo radio de acción se prolonga y trasciende a toda el área de Centroamérica y se extiende a la región del Mar Caribe.

### **Reflexiones finales**

Lo anterior, más allá de retratar la singularidad en los niveles de aproximación que se han venido gestando en últimas fechas a partir de la tensión generada en las relaciones México–Estados Unidos tras el ascenso de Donald Trump al poder, lo que deja al descubierto este análisis es que, en medio de esta mutua e histórica diferenciación y desconfianza entre naciones, tal como lo describió Spykman en su artículo de las *Dos Américas*, en la actualidad se privilegian esquemas de acercamiento muy originales, los cuales corresponden en gran medida, al trabajo de aproximación y consensos que vienen adelantando, principalmente las secretarías dedicadas a los asuntos internos y externos, las jefaturas de comercio y Hacienda, todas involucradas y encargadas de favorecer el camino de la renegociación del TLCAN, acompañado de los temas que conciernen a la defensa y la seguridad nacional de Estados Unidos en los que se inserta a México por su carácter de vecino contiguo.

Ahora bien, desde la perspectiva que marca la llegada al poder en Estados Unidos del candidato republicano Donald Trump, se inicia una era que, más allá de las particularidades mediáticas y las expectativas generadas por este empresario, lo que en realidad se evidencia es un momento clave en el reposicionamiento global de Estados Unidos. Lo que desde la perspectiva de Trump implica entretejer



los lineamientos del nacionalismo –que enmarca a través de su discurso *America First*– por el otro lado, adiciona una carga de proteccionismo económico e industrial a partir del cual se refuerzan las bondades de lo que en las condiciones actuales de Estados Unidos significa impulsar un esquema de gobierno basado en lo que actualmente –y desde hace más de un siglo– se propone a partir del despliegue de una auténtica «corporatocracia».

Con respecto a México, la llegada del presidente Trump a la Casa Blanca a pesar de haber generado un ambiente de enorme tensión e incertidumbre que se apreció con rigurosidad el propio día de la elección presidencial en Estados Unidos, cuando en el *Super Martes*, la divisa mexicana pretendía alcanzar máximos históricos al oscilar entre los 18 pesos y 25 pesos por dólar, hechos que como éste, daban cuenta del enorme grado de interdependencia que manifiesta México dentro del esquema gravitacional que representa el conjunto de América del Norte; poco a poco ha cambiado la dinámica de trabajo pues, al momento, ambos países comenzaron una estrategia de trabajo conjunto entre sus instituciones de gobierno.

Lo cual de cierta manera se ha convertido en una plataforma sólida que abona en terreno fértil para trascender el ambiente que despertaron en su momento las declaraciones de inconformidad que externó el mandatario Trump hacia México, puntualmente a través de las redes sociales, y trascender hacia la búsqueda de un diálogo franco, abierto y fluido entre las instituciones homólogas de los dos países en el ámbito de lo que ofrece, geopolíticamente, la propia América del Norte de cara al actual reacomodo que se está gestando entre los jugadores del gran tablero mundial, ya sea en el plano regional donde se manifiesta hoy en día el ríspido tema de Venezuela. Mientras, en el plano interno de México se atiende a la expectativa de quien ocupe la silla presidencial a partir del 2018, y con ello, se avance hacia el logro prioritario de mantener con vida el TLCAN o contribuir a su eliminación.



## Bibliografía

- Fuerza Aérea Ecuatoriana, *Doctrina aeroespacial básica*, Comando de Educación y Doctrina, Departamento de Doctrina, Ecuador, 2010.
- Fukuyama Francis, *¿El fin de la historia? Y otros ensayos*, alianza editorial, Madrid, 2015.
- Glushakow, *Trump ¿un capo de la mafia?, una impactante investigación que exhibe 40 años de lazos entre Trump y el crimen organizado*, Tendencias Crónicas ediciones Urano, México, 2016.
- Kissinger Henry, *Orden Mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*, Editorial Debate, México, 2016.
- Palm Sarah j. y Stickers Kenneth W., “EL sueño americano de Clarie Underwood: ¿quién dejaremos al morir?”, en William Irwin y Hackett Edward, *House of Cards y la filosofía. La república de Underwood*, México, Rica editorial, 2017.
- Patiño Aristizábal Luis Guillermo, “El neopopulismo en el contexto de la democracia latinoamericana”, en *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, Medellín, Vol. 37, No. 106, enero-junio, 2007.
- Spykman, “Las Dos Américas”, en Rattenbach Augusto, *Antología Geopolítica*, Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1975.
- Trump Donald, *Crippled America. How to make America Great Again*, Nueva York, Threshold Editions, 2015.

### Artículos de periódicos y revistas digitales

- Alcántara Silva Pablo Gabriel, “Expectativas ante las políticas del presidente estadounidense Donald Trump”, México, Instituto de Investigaciones Estratégicas de la Secretaría de Marina (Ininvestam), [www.cesnav.gob.mx](http://www.cesnav.gob.mx), 28 de febrero de 2017.
- BBC Mundo, “Más ejército y menos diplomacia: ¿quiénes son los grandes perdedores del presupuesto presentado por Donald Trump?”, en [www.bbc.com](http://www.bbc.com), 16 de marzo de 2017.
- BBC Mundo, “un nuevo capítulo de la grandeza de Estados Unidos: Donald Trump sorprende con el optimismo de su discurso ante el congreso”, [www.bbc.com](http://www.bbc.com), 1 de marzo de 2017,
- BBC Mundo, “Estados Unidos, Donald Trump dice que deportará hasta 3 millones de indocumentados con antecedentes judiciales”, [www.bbc.com](http://www.bbc.com), 13 de nov 2016.
- BBC Mundo, “Las verdaderas cifras de los hispanos en EE.UU. y cuánto poder tienen”, [www.bbc.com](http://www.bbc.com), 15 de marzo de 2016.
- CNN en Español, “La madre de todas las bombas mató a 94 combatientes de ISIS, según Afganistán”, en [www.cnn.espanol.cnn.com](http://www.cnn.espanol.cnn.com), 15 de abril de 2017
- García Carina, “Inicia OEA en Cancún su 47 asamblea”, Periodico El Universal, 19 de junio de 2017.
- González Yussel, “La verdad detrás del déficit comercial de EU con México”, en *Revista Expansión en Alianza con CNN*, 26 de enero de 2017.
- Hernández Borbolla Manuel, “La alianza militar con la que EU busca que México “haga el trabajo sucio” en Centroamérica”. En [www.huffingtonpost.com.mx](http://www.huffingtonpost.com.mx), 21 de marzo de 2017.



Hernández Enrique, "Esta es la propuesta de Slim para negociar con Trump y salvar a México", en [www.forbes.com.mx](http://www.forbes.com.mx), 28 de enero de 2017

Martínez Ahrens Jan, "Trump anuncia una subida de 54,000 millones de dólares en el presupuesto militar", en [www.internacional.elpais.com](http://www.internacional.elpais.com), 28 de febrero de 2017

María Luisa Pastor Gómez, "México: entre el muro de la frontera norte y la porosidad de la frontera sur", México, Instituto de Investigaciones Estratégicas de la Armada de México, [www.cesnav.edu.mx](http://www.cesnav.edu.mx), 07 de diciembre de 2016.

Presidencia de la República, "Relación México- Estados Unidos, [www.gob.mx](http://www.gob.mx), 21 de julio de 2016).

Schemidt Ronaldo, "Arrinconado, Enrique Peña Nieto responde al golpe de Donald Trump", en [www.nytimes.com](http://www.nytimes.com), 27 de enero de 2017.

### **Páginas electrónicas**

[www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov)

[www.nodal.am](http://www.nodal.am)

[www.elhorizonte.mx](http://www.elhorizonte.mx)

[www.gob.mx](http://www.gob.mx)